

Incorporar el cuerpo mujer-madre: *parteras tradicionales y matronaje*

María Alejandra Puerta Olaya

Historiadora, estudiante, docente y madre, mariaa.puerta@udea.edu.co

Hay un libro que prefiero sobre todos los demás, se llama *El Artesano*¹. En él, Richard Sennett reflexiona sobre el tipo de conocimiento que se involucra en el hacer cosas. No es solo lo ameno de su lectura lo que me llama la atención, es que lo que dice involucra a todas las cosas que más amo en la vida: la música, la pintura, la caligrafía, el hacer de los botánicos y geógrafos. Para él, cada una de estas cosas es conocimiento. Lo que muchos han dado solo por rutinario, bello o divertido, para Sennett —y seguramente para muchos más que no tienen su magia en la escritura— y también para mí, es tan, pero tan, importante como para darle ese estatus.

Existe algo más a lo que también amo. Su nombre es José, mi hijo. No recuerdo que Sennett haya hablado del oficio de ser madre, pero creo que cabría en su libro. Aunque me considero una madre torpe, siempre he creído que desarrollé una técnica y un estilo. Como ocurre con toda técnica, no podría describir con palabras lo que sé. Es que a ser madre se aprende haciendo.

Como madre, un día leí a Libia Josefa Restrepo² —más abajo les contaré qué dijo específicamente— y con su libro entendí que eso de la experiencia de saber parrear, ser madre y de tener muchos hijos “gorditos y sanitos”

o lo que es lo mismo: ser matrona, puede ser considerado un saber bien particular dentro de un sistema técnico: el de la partería tradicional. En este sentido, esa experiencia y especificidad —si se quiere orgánica— de ser mujer-madre cuenta para determinar el nivel de habilidad y la validez del conocimiento de las mujeres parteras, en específico el de las matronas. En relación con esto (ya los puristas me perdonarán la parca digresión teórica que sigue, las citas, como todo lo que uno cita, amañadas a mi conveniencia y mis ejemplos de las artes, deportes y demás habilidades), lo que quiero hacer en este texto es reflexionar sobre el oficio de la partería, que incluso va más allá de la técnica, y sobre aquello que hace al conocimiento de las parteras-matronas tan particular e interesante.

Estoy segura de que esta intuición no responde solo a mi historia personal. Me sumo a un cúmulo de esfuerzos colectivos de parteras y actores sociales e institucionales por demostrar y afirmar ante el país y el mundo que este saber ancestral tiene importancia (aquí es inevitable mencionar el trabajo de ASOPARUPA³, del investigador Hugo Portela Guarín en asociación con el Banco de la República⁴ y del Ministerio de Cultura). Esto no debería de ser así, pero es que durante mucho tiempo se ejerció una creciente invalidación

epistémica y un fuerte desprestigio sobre el oficio de la partería. Esto llegó hasta tal punto que las mujeres en favor de obtener apoyo y ayuda con sus propios procesos biológicos, incluido el de traer a sus hijos al mundo, comenzaron a confiar en los hospitales y en los médicos antes que en las parteras⁵. A esto lo han llamado la medicalización del parto. Apenas hoy en día, cuando ya casi ha desaparecido la práctica, se le vuelve a valorar y se le intenta rescatar del olvido.

Pienso que no es desinteresada la acción de revaloración y salvaguardia. Se corresponde con todo un proceso similar para el caso de la mujer y de su cuerpo. Es que cuando la medicina irrumpió en el parto no solo fueron desplazadas y casi diezmadas las parteras en su oficio, sino que también cambió la mirada sobre el cuerpo de la mujer. Como ya lo ha dicho Valeria Vallana Sala, la mujer se concibió de manera fragmentada (tanto para su estudio como para su tratamiento médico, se le diseccionó de forma física y psicológica), lo que llevó a diferenciarla de las demás cosas del mundo hasta tal punto que, incluso, cada parte de su cuerpo se estudió y trató por separado. Lejos de concebir la integralidad de la humanidad de la mujer, esta se pasó a ver como un objeto. Se deshumanizó⁶. Contrario a ello, el oficio de la partería es parte del entramado de la vida y de la pervivencia de cada comunidad. Las parteras se encuentran tan indiferenciadas de todo, como todo en su cosmogonía.

En la actualidad, también los médicos —no todos, en realidad son muy pocos— se han sumado a esta revaloración de la partería. Lo que para ellos ha significado tratar de admitir como conocimiento a la labor de las parteras, para ellas ha sido un esfuerzo por hacer comprender que ambos conocimientos son inconmensurables, al igual que son necesarios los dos oficios⁷. Vale la pena repetirlo: la partería tradicional y la

medicina obstétrica parten de visiones distintas y actúan sobre el mundo y sobre el cuerpo de manera diferente. Sin embargo, aún es notorio el largo camino que se debe de recorrer para que la labor de las parteras deje de verse como inferior o accesoria, para que deje de considerarse que ellas deben de ser capacitadas por los médicos, sin ofrecer de su conocimiento ninguna retroalimentación a la medicina ni al resto del mundo por fuera de su comunidad⁸. Considero que el primer paso para esto, como ya nos ha enseñado Sennett, es admitir que el oficio de la partería representa un tipo particular de conocimiento.

La partería como conocimiento de tipo técnico y cultural

El conocimiento de la partería tradicional no es ni inferior ni accesorio al de la medicina. Las parteras tienen un conocimiento profundo del cuerpo de la mujer, del funcionamiento de la vida y de la reproducción de las comunidades. Su labor no comienza ni termina en el parto. Ellas se encargan del cuidado de las mujeres desde la primera menstruación, de la salud sexual y reproductiva de la comunidad, de la fertilidad, de la crianza de los hijos y de la integración de estos en la naturaleza y la comunidad. Tienen muchos más oficios y todos ellos se encuentran relacionados con una concepción holística de los cuerpos, en especial los de las mujeres.

La concepción del cuerpo que estas mujeres tienen es incompatible con la mirada médica que disecciona su objeto para poder comprenderlo. Podría decirse que a diferencia del conocimiento de los médicos o del saber qué, responsable de esta fragmentación, el conocimiento de las parteras responde a un saber que necesariamente integra. El contenido de este saber es tan complejo —y eso ocurre en todas las técnicas,

⁵ Es precisamente este proceso del que trata Libia Restrepo en su libro.

⁶ Este tema lo desarrolla en su conferencia: Valeria Vallana Sala, “Lo embarazoso de la práctica obs-tétrica” (Junio 21, 2019), <https://www.youtube.com/watch?v=eTS2wVeM8r0>.

⁷ Esta actitud se puede visibilizar en: Liceth Quiñones Sánchez, Gloria García Torres, Carmen Rubio Toro, & Bernardo Agudelo Jaramillo “Partería y saberes ancestrales: otra cara del patrimonio inmaterial” (Septiembre 18, 2020), https://www.youtube.com/watch?v=R_bfU8witk.

⁸ Las parteras relatan esto de la siguiente manera: “en general somos las parteras las que recibimos capacitaciones de los médicos y otros agentes del sistema de salud; sin embargo, en pocas ocasiones ellos han recibido capacitaciones por parte de nosotras, desconociendo un sinnúmero de técnicas que pueden evitar la atención del parto por cesárea —como la subida de hueso— o aún partos prematuros”. ASOPARUPA, “Plan especial de salvaguardia de los saberes asociados a la partería afro del Pacífico” (2016), <http://patrimonio.mincultura.gov.co/siteassets/paginas/plan-especial-de-salvaguardia-de-los-saberes-asociados-a-la-parter%C3%8Da-afro-del-pac%C3%8Dfico/20-parter%C3%ADa%20afro%20del%20pac%C3%ADfico%20-%20pes.pdf>

¹ Richard Sennett, *El artesano* (Anagrama, 2014).

² Libia Restrepo, *Médicos y comadronas o el arte de los partos. La obstetricia y la ginecología en Antioquia 1870-1930* (La Carreta Editores, 2006).

³ Asociación de Parteras Unidas del Pacífico. Ellas se encargaron de liderar, con el acompañamiento del Ministerio de Cultura, la declaratoria de sus saberes como patrimonio inmaterial de la Nación y de elaborar el Plan de Salvaguardia de este patrimonio.

⁴ A través de exposiciones, videos e itinerancias en las sedes del banco, la muestra *Partería: saber ancestral y práctica viva*, que trata y divulga los saberes y cosmogonía de las mujeres parteras, se ha exhibido en varias regiones del país.

⁹ Frase que se asocia al filósofo Edmund Pellegrino.

¹⁰ Esta afirmación se encuentra en el minuto 50:36 de Quiñones Sánchez et al., "Partería y saberes ancestrales."

¹¹ Para profundizar sobre este aspecto recomiendo leer a Quintanilla, M. Á. (2000). Técnica y cultura. *Revista Internacional de Filosofía*, 17(3), 49-69 y; López Cerezo, J. A. (2008). Epistemología popular: condicionantes subjetivos de la credibilidad. *Revista CTS*, 10(4), 159-170.

artes y oficios— como para ser cabalmente explicado con palabras. Aunque muchos médicos han defendido que “la medicina es la más artística de las ciencias, la más humana de las artes y la más científica de las humanidades”⁹, lo que las parteras defienden es otra manera de ver el mundo. Liceth Quiñones Sánchez, coordinadora de ASOPARUPA, lo ha dicho: “las parteras tradicionales tenemos unas medidas, unas formas y unas características ligadas al territorio, a nuestra percepción y cosmogonía”¹⁰. Lo que ella dice permite pensar que, en cuanto a ese saber cómo, lo que tienen las parteras tradicionales es todo un sistema de conocimiento de tipo técnico y cultural¹¹. Una manera de ver y de vivir en el mundo que se ha mantenido y resiste, donde el cuerpo se concibe como parte de la naturaleza.

Como técnica, la partería no se aprende en la escuela. Se aprende en la práctica. Es un conocimiento que es resultado de un proceso de años de observación, escucha, tacto, experiencias. No solo es el legado de las parteras mayores a sus hijas, sobrinas, nietas o ahijadas. Es la suma de la experiencia de sus ancestros y la de ellas mismas en los estímulos de los nuevos tiempos. Si una considera solo esto, la partería tradicional no se diferencia de otras técnicas. Cualquier artista, músico o artesano podrá comprender de lo que se trata el proceso.

La formación musical es un ejemplo de técnica. Lo primero es una decisión: escoger el instrumento es casi como elegir un rol. Siempre hay muchas cosas en la elección de lo que se quiere tocar: la música que a uno le gusta, los amigos con los que uno se relaciona, el tipo de tarimas en los que uno desea estar, entre otras. Cuando aprendí a tocar la flauta no fui la primera en mi instrumento. Me procuré una buena maestra que me enseñara. Lo que ella sabe es resultado de sus maestros y de su experiencia —un poco también de sus instrumentos (¡qué buenas flautas tenía!)—. Cuando inicié en la música, Mariana Blandón me enseñó a sentir y a leer los sonidos y las melodías. Eso fue lo primero. Luego me dejó usar la flauta, pero primero debí de tocar solo la cabeza (así se le dice a la parte

por donde una sopla). Con el instrumento aprendí a cuidar de mi cuerpo, de la alimentación antes de tocar, de la posición de mis dedos, de la respiración, del mundo a mi alrededor y de seguir leyendo y sintiendo.

Tocar flauta fue difícil al comienzo, pero a medida que pasó el tiempo me familiaricé. Toqué cada vez más y más complejas melodías. También aprendí de otras flautas. Hoy en día intento hacer sonar una *piccolo*. Lo que antes era imitación de la marca sonora de mi maestra, ya es mi voz propia. Creo que sé diferenciar lo que se debe hacer de lo que no, lo que es deseable y lo que no, el buen sonido y el mal sonido. Cualquier interpretación que yo realice es el resultado de la amalgama de todo mi proceso en cada nota. Si hoy me tocase enseñarle flauta a alguien, tendría que decir, como lo dice Murdock, el etnógrafo de Jorge Luis Borges, a propósito del aprendizaje de los secretos de las comunidades: esos caminos hay que andarlos. No podría enseñar sin tocar y sin hacer que mi estudiante toque. Es la única forma.

La amalgama de cosas que puedo rastrear en mi interpretación, las puedo encontrar en el partear y ser partera. En el oficio de ser partera se involucra el conocimiento de por lo menos cinco aspectos, que como ocurre para la música, no son propiamente un currículo. Las parteras conocen de: el cuerpo y su cuidado; las plantas y su uso; la espiritualidad y la ancestralidad; el desarrollo de técnicas a partir de la observación y de la experiencia y; de los valores comunitarios. De acuerdo con el *Plan especial de salvaguardia de los saberes asociados a la partería afro del pacífico colombiano*, que las parteras mismas construyeron, dentro de estos cinco cuerpos de saberes, las mujeres aprenden gran cantidad de cosas.

Las parteras saben del diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de hombres y mujeres, adultos y niños (resfriados, mal aliento, amigdalitis, sinusitis, asma, bronquitis, hipertensión, infección en los riñones, dolores musculares, entre otros), del cuerpo de la mujer, la gestación, la identificación de situaciones





Victoria Holguín @victoriaholguin

de vulnerabilidad y riesgo psicológico, la menopausia, y de ejercicios y técnicas de respiración. Además, ellas desarrollan conocimientos del medio ambiente en relación con la tierra y el territorio, de los ciclos de la luna y las mareas, del cultivo selvático y hogareño de muchas plantas, de la selección, recolección y preparación de estas para el uso en estimular o calmar dolores, detener hemorragias, dar aliento y energía o, incluso, dilatar el cuerpo. Las parteras también aprenden de la interacción con el bosque, el monte, los ríos, los animales, las plantas, el aire, el agua, la tierra, con Dios y los santos, con el secreto y la oración. Aprenden a transmitir y a transformar el conocimiento desde la oralidad, la observación, el acompañamiento, la práctica empírica cotidiana y el intercambio de saberes con sus pares. Finalmente, aprenden a valorarse a sí mismas, a transmitir una visión humanizada del parto, a promover los derechos sexuales y reproductivos y a mantener el tejido social de su comunidad¹².

Dentro del dominio de todos estos conocimientos que tienen las parteras, las más diestras son reconocidas entre sus coterráneos, entre otras cosas, por saber leer los vientres y por dominar las técnicas para realizar sobijos. La valoración que se hace de estas actividades está relacionada con la preparación que estas mujeres realizan de sus manos. No es fortuito que ellas mismas señalen al hacer de sus manos como el núcleo fundamental de su labor. Si bien, como mostré en el párrafo anterior, este oficio es el resultado de unos saberes profundamente relacionados que en la práctica no se diferencian entre sí: conocimiento complejo sobre el mundo y el cuerpo o, como lo dirían los investigadores del patrimonio, manifestaciones conexas, su dominio requiere que las parteras desde pequeñas preparen sus cuerpos y manos para conocer. Mientras crecen, ellas acompañan y ayudan a las parteras mayores que son sus madres o abuelas. Aprenden la partería desde entonces y la ejercen hasta viejas. Con el paso del tiempo desarrollan su técnica, su habilidad. En este sentido, en el oficio también es innegable el papel del tiempo y la experiencia. Las mujeres

mayores se aseguran, por su mismo recorrido en la vida, el mayor prestigio y respeto.

Mucho se ha dicho del desarrollo de la habilidad y la relación de esta con el tacto. André Leroi-Gourhan¹³ fue el primero en manifestarse a favor de la importancia de la separación del pulgar de los demás dedos de la mano para la formación del cerebro humano. Desde sus planteamientos, él y otros antropólogos, sociólogos, historiadores y filósofos han conectado el hacer manual y el pensar. Esto quiere decir que ya los teóricos le han dado estatus de conocimiento a los saberes técnicos. Más recientemente, en esta misma línea, otros como Tim Ingold¹⁴ y Richard Sennett¹⁵ han hablado de que toda técnica comprende el desarrollo y el progreso de la habilidad. Además, Ingold añade que, la habilidad no es una propiedad que se encuentre en el cuerpo como entidad biofísica, sino que es producto del campo total de relaciones constituidas por un organismo persona. Desde la mirada de este autor se puede comprender que el hacer de toda la vida de las parteras está lejos de reducirse solo a la actividad que ellas realizan en un momento para un fin específico. Las parteras establecen múltiples relaciones. Ellas se vinculan con otras parteras, con el entorno en el que se encuentran y con las personas a las que acompañan. Por ejemplo, desde su comprensión, el recoger una planta no es solo cosechar. Consiste en escoger el momento de la colecta de acuerdo con la preparación que se requiera y en tratar la planta, rezarla y mezclarla en función de la persona a la que se destinará y del uso que se le dará. Solo en medio de estas relaciones estas mujeres pueden considerarse portadoras del saber ancestral.

Del conocimiento a la incorporación del cuerpo

Pese a todo lo que ya he dicho, pienso que ninguna reflexión que se realice sobre el conocimiento de las parteras dejará de considerar estos aspectos. En ningún momento se podrá soslayar el conocimiento de tipo técnico y cultural

¹² El conjunto de todos los saberes que las parteras enumeran en el PES se encuentra entre las páginas 30 y 76 del mismo. ASOPARUPA, "Plan especial de salvaguardia".

¹³ André Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra* (Ediciones de la biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1971).

¹⁴ Tim Ingold, *The Perception of the Environment: Essays in livelihood, dwelling and skill* (Routledge, 2000).

¹⁵ Sennett, El artesano.

¹⁶ Esta afirmación se encuentra a partir del minuto 6:50 de Willard Wigan "Hold your breath for micro-sculpture", https://www.ted.com/talks/willard_wigan_hold_your_breath_for_micro_sculpture.

¹⁷ Para apreciar esta diversidad, recomiendo ver el video Olga Perea, Helena Mercaza, Jondry Rojas, Luisa Canizales & Sandra Carolina Portela, "Tertulia: encuentro de partería tradicional" (Diciembre 23, 2019), https://www.youtube.com/watch?v=bQw-9a_EIJI.

¹⁸ Restrepo, *Médicos y comadronas*, 54.

¹⁹ ASOPARUPA, *Plan especial de salvaguardia*, 64.

de estas mujeres. Sin embargo, estoy convencida que hay algo en su técnica que parece ir más allá. La partería, lejos de ser solo una habilidad en la que se desarrollan todos los sentidos, en especial el del tacto, parece estar relacionada con los demás procesos orgánicos del cuerpo. Muchos argumentarían que esto ocurre en muchas técnicas, pero en el oficio de las parteras, en especial en el de las matronas, encierra una característica que solo pueden tener ellas por su condición (si se quiere se le podría llamar orgánica): son mujeres y madres.

La relación del hacer con las funciones orgánicas del cuerpo es clara en la labor de un neurocirujano, quien cuando interviene en el cerebro debe de tener control de su pulso y de su respiración (lo que es muy importante porque ninguno de nosotros queremos quedar chuequitos porque al doctor se le dé por bailar mapalé con sus manos en nuestros vasos cerebrales). El practicante de apnea es otro ejemplo de cómo, en el desarrollo de la habilidad, el deportista debe tomar control de su ritmo cardíaco y aprender a retener la respiración. Con el tiempo, él entrenará el reflejo que contraerá sus órganos, elevará sus plaquetas y distribuirá su oxígeno en las funciones básicas de su corazón y su cerebro. En las artes plásticas esto también ocurre. El artista Willard Wigan quien realiza esculturas sobre el ojo de una aguja o la cabeza de un alfiler es la muestra de ello. Este artista lo dice claramente, como si fuese parte de su total dominio y control a la hora de hacer una escultura: "afilo la punta de una aguja, desacelero todo mi sistema nervioso y luego trabajo entre cada latido del corazón. En realidad, tengo un segundo y medio entre cada palpitación para moverme y, al mismo tiempo tengo que estar atento de no inhalar mi propio trabajo...hacer esto es como practicar una operación quirúrgica"¹⁶. Esta afirmación resalta también el carácter de casi imposible de la misión de diferenciar entre el nivel en el que se involucra el desarrollo de la habilidad en las funciones orgánicas o en el que el control sobre estas hace parte de tal desarrollo. Lo que quiere decir que más allá de la mano —y los sentidos— la habilidad tiene relación con el control de

las funciones orgánicas del cuerpo por parte de quien practique el oficio.

Esta característica común a todas las técnicas se extiende a todos los portadores del saber sin que ninguno de ellos pueda esbozar diferencias más que en el nivel de desarrollo de su propia habilidad. En el oficio de la partería (aunque sobre eso no se ha hecho mucho énfasis en este texto) se encuentran cultores ancestrales y de las urbes, hombres y mujeres —muchas son madres y algunas no tienen hijos—. Con la adecuada enseñanza y el entrenamiento del cuerpo han conseguido el reconocimiento como parteros y parteras¹⁷. Sin embargo, entre la técnica de unos y otras, sí hay diferencias: es claro que las matronas tienen un lugar preeminente en la práctica de la partería y que esto está relacionado con las funciones orgánicas de su cuerpo de mujeres-madres. Este ha sido un aspecto que reconocen tanto quienes estudian el oficio desde la academia (como es el caso de Libia Josefa Restrepo), como las mismas parteras.

Libia, a propósito de la partería en Antioquia a comienzos del siglo XX, ha dicho que:

la matrona era la mujer madura que tenía más hijos y más experiencia personal, aquella que había atendido a varias maternidades sin complicaciones notables y en caso de haberlas encontrado aplicaba soluciones "inteligentes"; su propia fecundidad y la recomendación de las mujeres a las que había acompañado la habilitaban sin mayores trámites legales¹⁸.

Sobre el oficio en el presente, han intervenido las mismas matronas:

nuestro propio cuerpo es el primer espacio en el que probamos nuestros conocimientos, al parirnos a nosotras mismas y al vivir la maternidad y muchos de los procesos en los que acompañamos a las otras mujeres, probamos nuestras habilidades y logramos entender todas las implicaciones del embarazo, el parto y la maternidad¹⁹.

Ser mujer y madre partera hace parte de la experiencia que las matronas han utilizado en el desarrollo de su habilidad.

Las matronas han aprendido y desarrollado sus técnicas y, gracias a sus trayectorias y contextos particularísimos son portadoras de lo que Donna Haraway²⁰ llama conocimientos situados que están involucrados en la práctica de su oficio. Hasta este punto, creo que esto no se duda. Tampoco creo que deba decir mucho más en favor de afirmar que el conocimiento de las matronas se diferencia del de muchas mujeres y hombres que practican el oficio de la partería. Sin embargo, si el ser mujer y madre se consolida como un tipo particularísimo de experiencia situada, aún queda la pregunta ¿en qué consiste propiamente esta?

La respuesta, quizá, se encuentra en la declaración de una matrona de ASOPARUPA:

partero no es todo aquel que ha atendido un parto. Partera es todo aquel que se da de cuenta, por ejemplo, los dolores que esa mujer siente. Tú sabes que uno también, uno como partero los siente. Yo lo siento así. Cuando mi mujer está pariendo, los mismos dolores que ella siente, los siento yo. Porque uno ya sabe pa' donde va y pa' donde viene. Hay personas que dicen que son parteras sin haber tenido ni siquiera un parto²¹.

Esta declaración muestra que el tipo particular de experiencia que se involucra en este oficio, más allá del desarrollo del tacto y los sentidos o del control de las funciones orgánicas tiene que ver con un tipo de capacidad particular, que tienen, y solo pueden tener, estas mujeres madres para la empatía.

Si hoy una mujer en embarazo me pide que sienta los movimientos de su bebé en el vientre, yo pondré mis manos sobre aquel y las percibiré (esto lo puede hacer cualquier persona), pero yo como madre, recordaré en mí, ese otro tipo de sensación interna de qué es lo que se mueve y por dónde: dimensionaré en mi cuerpo aquellas "pataditas". Las matronas son capaces de sentir y hacer porque dimensionan en el cuerpo de la otra mujer sus propios padecimientos. Entienden, aunque no lo puedan describir porque hace parte de su aprendizaje orgánico, qué les ocurre a los músculos, a los órganos, al dolor y la

psiquis de otra madre. Como son capaces de dimensionar esos procesos actúan conforme a ellos, no solo en relación con lo que se imaginan, ni con lo que les enseñaron, o con lo que les dio buenos resultados en el pasado. Las matronas, para poder apoyar a otra madre, suman su experiencia en proyectar su entendimiento de su propio cuerpo en los momentos del embarazo y de la maternidad sobre el cuerpo de la mujer que acompañan. Solo ellas y no otras parteras, ni mujeres ni hombres, pueden desarrollar este tipo de habilidad empática. ■

²⁰ Donna Haraway, *Ciencia, ciborgs y mujeres. La reivindicación de la naturaleza* (Ediciones Cátedra, 1995).

²¹ ASOPARUPA. Publicación- grabación del "Encuentro Regional de Salvaguardia de la Partería", (Marzo, 2022), <https://www.instagram.com/tv/CangVp6JgDs/?igshid=YmMyMTA2M2Y=>.